

ARCHIBALDO.—De acuerdo. Por eso sé que mi naturaleza puede soportarlo. Tú, si no estás completamente seguro de haber sido bautizado alguna vez, harías bien en no aventurarte a hacerlo ahora. Sería casi una imprudencia, y podría sentarte mal. No debes olvidar que esta misma semana un pariente tuyo muy cercano ha estado a punto de morir de una pulmonía fulminante en París.

GRESFORD.—Sí; pero tú mismo me dijiste que las pulmonías fulminantes no son hereditarias.

ARCHIBALDO.—No lo eran antes. Pero ahora me atrevo a asegurar que lo son. La ciencia progresa de un modo maravilloso.

GRESFORD.—(*Cogiendo el plato de los pastelillos.*) ¡Otro disparate! ¡No dices más que disparates!

ARCHIBALDO.—¿Otra vez los pastelillos? Ten la bondad de dejarlos en paz. No quedan más que dos. (*Se apodera de ellos.*) Ya te dije que estaban riquísimos y que los pastelillos de crema son mi flaco.

GRESFORD.—¡Sí, pero a mí no me gusta el cake!

ARCHIBALDO.—Pues entonces, ¿por qué demonios permites que sirvan cake a tus invitados? ¡Qué idea tan singular de la hospitalidad!

GRESFORD.—¡Archibaldo! Ya te he dicho que te vayas. No quiero que estés aquí un minuto más. ¿Cuándo acabarás por irte?

ARCHIBALDO.—¡Pero si aún no he acabado de tomar el té! Además, todavía quedan dos pastelillos. (*JUAN se deja caer, gimiendo, en un sillón. ARCHIBALDO continúa comiendo.*)

TELÓN

A C T O T E R C E R O

Gabinete en la casa de campo de Gresford. Susana y Cecilia junto a la ventana, mirando el jardín

SUSANA.—El hecho de no habernos seguido inmediatamente, como hubiese hecho cualquiera, prueba que todavía les queda cierto sentido del pudor.

CECILIA.—Han estado tomando el té. Eso ya parece un síntoma de arrepentimiento.

SUSANA.—(*Después de un momento de silencio.*) Parece como si no se acordasen ya de nosotras. ¿No podría usted toser un poco?

CECILIA.—¡Pero si no estoy acatarrada!

SUSANA.—¡Nos miran! ¡Habrás visto desvergüenza!

CECILIA.—Vienen hacia aquí. ¡Qué atrevimiento!

SUSANA.—Guardemos un silencio lleno de dignidad.

CECILIA.—Naturalmente. Es lo mejor que podemos hacer.

(*Entra GRESFORD, seguido de ARCHIBALDO.—Ambos vienen tarareando un aire de opereta.*)

SUSANA.—Este silencio lleno de dignidad no parece surtir un buen efecto.

CECILIA.—Pésimo.

SUSANA.—Pero no seremos las primeras en hablar.

CECILIA.—Claro que no.

SUSANA. — Mister Gresford, tengo algo que preguntarle a usted. De lo que usted me conteste dependen muchas cosas.

CECILIA. — ¡Qué inteligente es usted, Susana! Mister Moncrieff, tenga usted la bondad de contestarme a una pregunta. ¿Por qué causa quiso usted hacerse pasar por hermano de mi tutor?

ARCHIBALDO. — Pues por tener ocasión de conocerla a usted.

CECILIA. — (A SUSANA.) La explicación parece satisfactoria, ¿verdad?

SUSANA. — Sí, querida; si puede usted darle crédito.

CECILIA. — ¡Qué he de darle! Pero eso no disminuye lo admirable de su respuesta.

SUSANA. — Cierto. En cuestiones de esta importancia, el estilo y no la sinceridad es lo esencial. Mister Gresford, ¿qué explicación puede usted darme de la existencia de ese supuesto hermano? ¿Lo inventó usted por tener ocasión de venir a verme a Londres con más frecuencia?

GRESFORD. — ¿Puede usted dudarle, Susana?

SUSANA. — ¡Hum! Tengo mis dudas. Pero espero disiparlas. No es éste momento para escepticismos. (Dirigiéndose hacia CECILIA.) Sus explicaciones parecen realmente satisfactorias, sobre todo la de mister Gresford, ¿verdad, Cecilia?

CECILIA. — Yo me siento más satisfecha con lo que me dijo mister Moncrieff. ¡Sólo su voz inspira ya una confianza absoluta!

SUSANA. — Entonces, ¿cree usted que debemos perdonarles?

CECILIA. — Sí, no veo inconveniente.

SUSANA. — ¿De veras? Yo ya he perdonado. Claro que hay que participárselo con mucho tacto. ¿Cuál de las dos le parece a usted que lleve la voz cantante? La comisión tiene poco de agradable.

CECILIA. — ¿No podríamos hablar las dos a la vez?

SUSANA. — ¡Excelente idea! Yo casi siempre hablo al mismo tiempo que los demás. Bueno; yo daré la entrada.

CECILIA. — ¡Muy bien! (SUSANA lleva el compás con el dedo.)

SUSANA Y CECILIA. — (Hablando a una.) Los nombres de pila de ustedes continúan siendo una barrera infranqueable. ¡Eso es todo!

GRESFORD Y ARCHIBALDO. — (Hablando a una.) ¿Nuestros nombres de pila? ¿Pero si nos van a bautizar esta tarde!

SUSANA. — (A GRESFORD.) ¿Y va usted a hacer por mí esa cosa terrible?

GRESFORD. — Voy.

CECILIA. — (A ARCHIBALDO.) Para complacerme, ¿está usted decidido a sufrir tan tremenda prueba?

ARCHIBALDO. — Estoy.

SUSANA. — Ahora comprendo lo absurdo que es hablar de la igualdad de los sexos. Tratándose de sacrificios, los hombres nos son infinitamente superiores.

GRESFORD. — Lo somos. (ARCHIBALDO y él se dan un apretón de manos.)

CECILIA. — Tienen momentos de valor físico que nosotras, las mujeres, desconocemos.

SUSANA. — (A GRESFORD.) ¡Amor mío!

ARCHIBALDO. — (A CECILIA.) ¡Amor mío! (Caen unos en brazos de otros. Entra ANSELMO. Al entrar y ver la situación, tose fuerte.)

ANSELMO. — ¡Jem! ¡Jem! ¡Lady Bracknell!

GRESFORD. — ¡Santo cielo!

(Entra LADY BRACKNELL, separándose asustadas las parejas. Sale ANSELMO.)

LADY BRACKNELL. — ¡Susana! ¿Qué significa esto?

SUSANA. — Pues, simplemente, que mister Gresford y yo nos hemos dado palabra de casamiento, mamá.

LADY BRACKNELL.—Ven aquí. Siéntate. ¡Siéntate inmediatamente! (*Volviéndose hacia GRESFORD.*) Caballero: en cuanto supe la fuga súbita de mi hija por su doncella de confianza, cuya confianza compré con un puñado de calderilla, me lancé en su persecución, y no vacilé en tomar un tren de mercancías. Su pobre padre no sabe nada, afortunadamente; y me propongo no sacarle de su ignorancia. Realmente, yo nunca le he sacado de ninguna de sus ignorancias; y no hay motivo ahora para hacer una excepción. Pero no creo necesario decirle a usted que estoy decidida, absolutamente decidida, a que desde este momento quede cortada toda relación entre usted y mi hija.

GRESFORD.—¡He dado palabra de casamiento a Susana, lady Bracknell!

LADY BRACKNELL.—¡Como si no la hubiera dado! Ahora, por lo que respecta a Archibaldo. ¡Archibaldo!

ARCHIBALDO.—¿Qué, tía Augusta?

LADY BRACKNELL.—¿Puedo preguntarte si es aquí donde vive tu desdichado amigo mister Bunbury?

ARCHIBALDO.—(*Tartamudeando.*) ¡Oh! ¡Oh! Bunbury no vive aquí. ¡Qué ha de vivir! En realidad, Bunbury ha muerto.

LADY BRACKNELL.—¿Muerto? ¿Y cuándo murió mister Bunbury? Su muerte debió de ser extraordinariamente repentina.

ARCHIBALDO.—(*Distraídamente.*) ¡Oh, le maté esta misma tarde! Es decir, se murió esta misma tarde. ¡Pobre Bunbury!

LADY BRACKNELL.—¿Y de qué murió?

ARCHIBALDO.—¿Bunbury? ¡Oh, reventó!

LADY BRACKNELL.—¿Reventó? ¿Es que ha sido víctima de algún atentado revolucionario? No sabía que mister Bunbury se ocupase de cuestiones sociales. En ese caso, bien castigado está.

ARCHIBALDO.—Querida tía Augusta, lo que quise decir es que le desenmascararon. Los médicos dictaminaron que Bunbury no podía vivir..., Bunbury se murió.

LADY BRACKNELL.—Me parece que ha pecado de exceso de confianza en la opinión de los médicos. Pero, en fin, menos mal que tuvo un rasgo de firmeza y se decidió a acabar con todas aquellas indecisiones, siguiendo una orden facultativa. Bueno; y ahora que ya estamos libres de ese mister Bunbury, ¿quiere usted decirme, mister Gresford, quién es esa personita cuya mano conserva entre las suyas mi sobrino Archibaldo, a mi juicio innecesariamente?

GRESFORD.—Esta señorita es miss Cecilia Morris, mi pupila. (*LADY BRACKNELL le hace una inclinación de cabeza bastante fría.*)

ARCHIBALDO.—He dado la palabra de casamiento a Cecilia, tía Augusta.

LADY BRACKNELL.—(*Se estremece, y dirigiéndose hacia el sofá, se sienta en él.*) No sé qué tiene el aire de esta comarca; pero me parece que el número de las palabras de casamiento excede del que señalan las estadísticas. Sin embargo, no estará de más un pequeño interrogatorio. ¿Quiere usted suministrarme algunos datos sobre esta señorita, mister Gresford?

GRESFORD.—(*Con voz clara y fría.*) Miss Morris es nieta del difunto mister Thomas Morris, domiciliado en Londres, plaza del Belgrave, 149, propietario y rentista.

LADY BRACKNELL.—¡Ah! ¿Sí? ¿Y qué más?

GRESFORD.—(*Ya con cierta irritación.*) Y tengo en mi poder, a la disposición de usted, sus certificados de nacimiento, bautizo, tos ferina, inscripción en el Registro Civil, vacuna, confirmación y escarlatina.

LADY BRACKNELL.—¡Ah! Una vida muy accidentada, según veo. Demasiado para una muchacha tan

joven. Yo no soy partidaria de las experiencias prematuras. (*Se levanta y mira la hora de su reloj.*) Susana, se acerca la hora del tren. No podemos perder un minuto. Y aunque sea pura fórmula, mister Gresford, ¿puede usted decirme si miss Morris tiene alguna fortuna?

GRESFORD.—¡Oh, unas ciento treinta mil libras esterlinas en papel del Estado! Nada más. Buenas tardes, lady Bracknell. Encantado de haberla visto.

LADY BRACKNELL.—(*Sentándose de nuevo.*) Un momento, mister Gresford. ¡Ciento treinta mil libras! ¡Y en papel del Estado! Ahora que la veo mejor, miss Morris me parece una muchacha muy interesante. Pocas son hoy las muchachas que tienen cualidades realmente sólidas, de esas cualidades que duran y hasta se mejoran con el tiempo. ¡Ay!, vivimos en una época en que todo es superficial. (*A CECILIA.*) ¡Acérquese usted, querida! (*CECILIA se acerca.*) ¡Preciosa! Pero se viste usted con una sencillez deplorable, y su pelo parece tal como lo dejó la naturaleza. Claro que esto es "peccata minuta", y puede arreglarse pronto. Una buena doncella hace milagros en poquísimo tiempo. Me acuerdo de haber recomendado una a lady Lancing, tan extraordinaria, que al cabo de tres meses ni su mismo marido la conocía.

GRESFORD.—Y a los seis no la conocía nadie.

LADY BRACKNELL.—(*Lanza una mirada colérica a GRESFORD. Luego se inclina, con una sonrisa bien estudiada, hacia CECILIA.*) Tenga usted la bondad de volverse, hija mía. (*CECILIA da una vuelta completa, hasta quedar de espaldas a ella.*) No, no, de lado nada más. (*CECILIA da media vuelta.*) Perfectamente; es lo que yo esperaba. Hay muchas posibilidades mundanas en el perfil de usted. Los dos puntos flacos de nuestra época son su falta de principios y su falta de perfil. La barbilla un poco más alta, querida. La distinción depende en gran parte de la manera de

llevar la barbilla. Hoy día se llevan muy altas. ¡Archibaldo!

ARCHIBALDO.—¿Qué, tía Augusta?

LADY BRACKNELL.—Hay muchas posibilidades mundanas en el perfil de miss Morris.

ARCHIBALDO.—Cecilia es la muchacha más buena y más bonita del mundo entero, y esas posibilidades mundanas me importan un bledo, tía Augusta.

LADY BRACKNELL.—¡Ay!, no vayas a hablar mal ahora de la sociedad, Archibaldo. Eso no lo hace más que la gente que no tiene acceso a ella. (*A CECILIA.*) Supongo, hija mía, que sabrá que Archibaldo no cuenta más que con sus deudas. Pero yo no apruebo los matrimonios por interés. Cuando me casé con lord Bracknell, yo no llevaba un céntimo. Pero ni por un instante se me ocurrió que esto pudiera ser un obstáculo. Bueno; en vista de todo ello, me parece que debo dar mi consentimiento.

ARCHIBALDO.—Gracias, tía Augusta.

LADY BRACKNELL.—Cecilia, puede usted darme un beso.

CECILIA.—(*Besando a LADY BRACKNELL.*) Gracias, lady Bracknell.

LADY BRACKNELL.—Puede usted también llamarme tía Augusta de aquí en adelante.

CECILIA.—Gracias, tía Augusta.

LADY BRACKNELL.—La boda, opino que cuanto antes se celebre, mejor.

ARCHIBALDO.—Gracias, tía Augusta.

CECILIA.—Gracias, tía Augusta.

LADY BRACKNELL.—Hablando con franqueza: yo no soy partidaria de las relaciones largas. Dan ocasión a que los novios se conozcan demasiado bien antes de casarse, cosa que nunca es prudente.

GRESFORD.—Usted dispense que la interrumpa, lady Bracknell; pero no hay por qué hablar de casamiento. Yo soy el tutor de miss Morris, y ésta no puede casarse sin mi consentimiento hasta su mayor